

© E. A. Dal Maschio, 2015
© de esta edición, Batiscafo, S. L., 2015

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

© Diseño de portada: Pau Taverna

© Ilustración de portada: Nacho García

Diseño y maquetación: Kira Riera

© Fotografías: Viacheslav Lopatin/Shutterstock (págs. 11 y 19); Anastasias 71/Shutterstock (pág. 23); Renee Vititoe/Shutterstock (pág. 29); Marzolino/Shutterstock (pág. 37); LianeM/Shutterstock (pág. 48); CJM Grafx/Shutterstock (pág. 62); Fareways/Shutterstock (pág. 68); Nick K./Shutterstock (pág. 91); Anacarol/Shutterstock (pág. 98).

Depósito legal: B 28034-2014

Impresión y encuadernación: Impresia Ibérica
Impreso en España

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Platón

La verdad está en otra parte

E. A. Dal Maschio

CONTENIDO

Platón, el primer gran filósofo	9
Vida, obra y contexto	13
Vida de Aristocles	14
<i>La Academia</i>	18
Sócrates, o el sabio que no sabía nada	20
<i>Los sofistas</i>	24
<i>El oráculo de Delfos</i>	28
Los ¿diálogos?	38
<i>Los números de Stephanus</i>	39
Ser o no ser. La teoría de las Formas	45
El problema de lo Uno y lo múltiple	46
<i>Las paradojas de Zenón</i>	49
¿Qué es la realidad?	52
<i>¿Formas o Ideas?</i>	52
<i>El mito de la caverna</i>	54
Problemas	58
Conocimiento, anamnesis y amor platónico	62
Más problemas	70

El gran Leviatán. La filosofía política	77
<i>La República</i>	78
El Estado. Origen y organización	79
El mejor de los mundos posibles: adoctrinamiento, mentiras y eugenesia	85
<i>La ciudad-estado de Esparta</i>	88
Utopía	96
<i>La Atlántida</i>	97
 En cuerpo y alma	103
El alma y la inmortalidad	104
<i>El mito de Er</i>	107
Platón el saleroso. El dualismo platónico	110
<i>Los cultos órficos</i>	111
Últimos problemas	116
 A modo de conclusión	121
 <i>Obras principales de Platón</i>	129
<i>Cronología</i>	133
<i>Índice de nombres y conceptos</i>	137

No se debe honrar más a un hombre que a la verdad.

PLATÓN, *República*, 595c

Platón, el primer gran filósofo

Si se pidiera a los especialistas en filosofía que realizaran una lista con los cinco filósofos más importantes de toda la historia, no hay duda de que el nombre de Platón aparecería de forma casi unánime en todas ellas. De igual manera, aunque con menor relumbrón intelectual, si saliéramos a la calle y le pidiéramos a los transeúntes el nombre de un filósofo, la inmensa mayoría de ellos nos darían el de Platón. Sea cual sea el valor de una votación democrática en la esfera del pensamiento (una idea que a nuestro protagonista simple y llanamente le horrorizaría), lo que está claro es que por una razón u otra Platón es uno de los grandes, grandísimos nombres en la historia de la filosofía. Para entendernos, algo parecido a lo que representan Di Stéfano, Pelé, Cruyff o Maradona en la historia del fútbol: indiscutibles.

Y es que independientemente de la opinión que a cada cual le merezca su pensamiento, lo que no se puede negar es que Platón es cuando menos el primer gran filósofo o, por decirlo de otra manera parecida pero no igual, el pensador con el que se da el pistoletazo de salida a la Filosofía con mayúsculas. Con respecto a la anterior filosofía presocrática, cuya atención se concentra fundamentalmente en la

explicación del mundo exterior y del cosmos, en sus diálogos Platón ensancha el ámbito de la filosofía, delimitando lo que desde entonces serán las cuestiones principales de la disciplina: ontología, epistemología, estética, filosofía política y moral... Y, al hacerlo, formula explícitamente o anticipa las categorías esenciales del pensar filosófico.

Tanto es así que el filósofo inglés Alfred North Whitehead llegó a afirmar que «la manera más segura de describir el conjunto de la tradición filosófica europea es presentarla como una serie de acotaciones a Platón» (*Proceso y realidad*) o, más recientemente, el furibundo antiplatónico Michel Onfray, para quien «la escritura de la historia de la filosofía es platónica. Ampliemos el marco: la historiografía dominante en el Occidente liberal es platónica» (*Las sabidurías de la antigüedad – Contrahistoria de la filosofía*).

Para bien o para mal, no se puede entender la historia del pensamiento sin conocer a Platón.



Representación pictórica
de Platón, detalle de
La Escuela de Atenas
de Rafael.

Vida, obra y contexto

El contexto histórico que le tocó vivir a Platón (y que de muy diversas maneras influyó en su pensamiento) se corresponde con el inicio de la decadencia de la hegemonía griega en el Mediterráneo oriental, pues el nacimiento del filósofo coincidió aproximadamente con la muerte de Pericles (artífice e icono del esplendor ateniense en el siglo V a.C.) y su muerte se produjo pocos años antes de la conquista de las polis griegas por un bárbaro reino del norte: Macedonia. En los ochenta años que separan ambos extremos de su vida, la civilización griega asistió a la crisis de la hasta entonces todopoderosa Atenas, a la posterior supremacía espartana, resultado de su victoria en la guerra del Peloponeso, y a la sustitución de esta última en beneficio de la hegemonía tebana, que derrotó a Esparta en la batalla de Leuctra (371 a.C.).

Si en la esfera política los años en los que discurre la vida de Platón representan el inicio de la decadencia de la polis, en el plano cultural coinciden con un período de inusual esplendor en el que la humanidad alcanzará cotas de desarrollo artístico y filosófico que no encontrarán equivalente en cientos de años: la edad clásica.

Vida de Aristocles

Aunque a primera vista pudiera parecerlo, no se ha colado ningún error en el título de este apartado, pues según algunas fuentes antiguas Platón no era Platón, Platón era Aristocles. Este último sería su nombre real (podríamos decir «de bautismo», si la expresión no resultara particularmente anacrónica) y el primero, el apodo con el que se le conoció y ha pasado a la historia. Diógenes Laercio, en su entretenida y pintoresca *Vida y opiniones de los filósofos ilustres* nos proporciona hasta tres posibles orígenes para el mismo: según la versión más «acreditada», el calificativo provendría de *platos*, «amplio», debido a la robusta constitución del filósofo en su juventud, aunque según otras versiones podría deberse a la amplitud de su estilo o a la de su frente. En cualquier caso, no dejaría de ser una ironía del destino que el filósofo que tanto insistió en la diferencia entre «apariencia» y «realidad» acabara pasando a la historia con un nombre aparente y no real.

Sea como fuere, Platón o Aristocles nació en Atenas (o en Egina, según Diógenes Laercio) el 7 del mes Thargelión (mayo) de 428-427 a.C., en el mismo día en el que según los delios había nacido Apolo.¹ Provenía de una familia aristocrática de rancio abolengo: su padre, Aristón, descendía de una ilustre estirpe que hacía remontar sus orígenes hasta el mismísimo Codro (último y legendario rey de Atenas), mientras que la familia de la madre, Perictione, podía presumir de haber alumbrado a varios arcontes y del mucho más discutible honor de contar con dos integrantes del gobierno oligárquico de los Treinta Tiranos (un tío –Cármides– y un tío segundo –Critias– de Platón). El padre, Aristón, murió siendo Platón aún niño, y su madre se casó en segundas nupcias con Pirilampo, amigo

¹ Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*.

y colaborador de Pericles. No es de extrañar que con semejante parentela algún autor haya definido a la familia de Platón como «una suerte de familia Kennedy del siglo V a.C.»,² con la salvedad de las más bien escasas simpatías democráticas en el caso del ateniense.

Los primeros veinte años del joven Platón se desarrollaron conforme a lo que cabía esperar de un joven aristócrata griego de la época: deporte y preparación gimnástica, música y poesía, y los primeros pasos en el ámbito al que parecía estar necesariamente predestinado alguien con unos orígenes familiares como los suyos: la política. Sin embargo, en la década que va entre los veinte y los treinta años se sucederán una serie de acontecimientos que cambiarán para siempre la vida del futuro filósofo, pues dejan una huella indeleble en su carácter y en su pensamiento. El primero de ellos es la desilusión con la política. El nacimiento del filósofo coincidió con la muerte de Pericles (429 a.C.), por lo que al joven Platón le tocó asistir a la decadencia de la antaño luminosa democracia ateniense, ahora en manos de demagogos como Cleón o Hipérbolo o de personajes poco edificantes como Alcibíades (de quien se cuenta que cortó el rabo a su perro en público y, cuando le preguntaron el porqué de esa acción tan reprobable, respondió con el argumento de que mientras el pueblo hablaba de su perro no criticaba su gestión). De aquellos polvos vendrían estos lodos, y los lodos no fueron otros que la derrota ateniense en la guerra del Peloponeso, punto y final a la hegemonía de la ciudad del Ática, y la instauración del régimen oligárquico filoespartano de los Treinta Tiranos, responsable a su vez de todo tipo de desmanes y arbitrariedades. Por si las bajas y muestras de incompetencia no hubieran sido suficientes, la reinstauración de la democracia desembocó en uno de los peores crímenes posibles a

.....
² Luciano de Crescenzo, en el segundo volumen de su *Historia de la filosofía griega*.

ojos de Platón: la sentencia a muerte de Sócrates, el sabio, el maestro, el faro que había iluminado y cambiado el rumbo de su vida. Con ello se daba el golpe de gracia a la confianza del filósofo en las formas políticas al uso en la polis.

Tras la muerte de Sócrates (399 a.C.), Platón abandonó Atenas para emprender una serie de viajes que constituían el currículum básico de todo sabio que se preciase. Se refugió primero en Megara, donde fue acogido durante tres años por el filósofo Euclides (no confundir con el famoso matemático autor de los *Elementos*), y más tarde se dirigió a Cirene (en la costa de la actual Libia), al sur de Italia (centro de actividad de los pitagóricos) y a Egipto (célebre por sus ancestrales conocimientos astronómicos y matemáticos). Ya con cuarenta años, emprendió el primero de sus tres viajes a Sicilia, según Diógenes Laercio movido por simples intereses turísticos (para conocer sus volcanes y en particular el Etna, el lugar en el que supuestamente se había suicidado Empédocles), aunque lo más probable es que quisiera establecer contacto con los pitagóricos de la isla.

Una vez allí, fue invitado a la corte siracusana del tirano Dionisio I, donde trabó amistad con Dión, cuñado del tirano. Sin embargo, las relaciones entre Platón, adusto y poco dado al jolgorio, y el tirano resultaron cuando menos tensas. Platón acabó entre hastiado y escandalizado con los continuos excesos de la corte siracusana («A mi llegada vi, aunque con disgusto, la vida que allí se pasa, y que llaman dichosa: sus perpetuos festines sicilianos y siracusanos, aquellas dos comidas diarias, aquellas noches nunca pasadas en la soledad»),³ y del tirano, irritado ante la arrogancia del huésped filósofo. Siempre según Diógenes Laercio,⁴ se despidieron afectuosamente con las siguientes palabras:

.....
³ Platón, *Cartas VII*, 326b.

⁴ Diógenes Laercio, *op. cit.*, Libro III, 18.

Dionisio: «Tus palabras están enfermas de vejez».

Platón: «Y las tuyas de afán tiránico».

Acto seguido, Dionisio ordenó que lo apresaran y lo entregaran al espartano Pólido para que lo vendiera como esclavo en la isla de Egina: «total, es un filósofo, y ni siquiera se dará cuenta», se dice que añadió en tono sarcástico el tirano. Aunque Platón estuvo a punto de ser ejecutado en Egina, al final fue reconocido y rescatado por un tal Anicérides de Cirene, que lo compró por veinte minas y lo devolvió a Atenas. Fue precisamente a la vuelta de su primer viaje a Siracusa cuando Platón fundó la Academia, considerada por algunos como la primera universidad europea.

Unos años más tarde moría Dionisio I, y el viejo amigo Dión invitó a Platón a Siracusa para que se ocupase de la educación de su sobrino de treinta años, el nuevo tirano de la ciudad, Dionisio el Joven, y le ayudara a poner en práctica los principios de gobierno filosófico expuestos por Platón en la *República*. A pesar de las buenas intenciones iniciales, la experiencia volvió a acabar como el rosario de la aurora. A ello contribuyeron los celos del nuevo tirano hacia Dión y la escasa predisposición del joven Dionisio a convertirse en un filósofo-rey en lugar de disfrutar de las ventajas de comportarse como un puro y simple déspota. Expulsó así a Dión de la corte y retuvo a Platón, que fue liberado más tarde gracias a la mediación del pitagórico Arquitas.

En 361 a.C. Platón realizó un tercer y último viaje a Siracusa, en respuesta a las insistentes solicitudes de Dionisio el Joven en las que, como un amante abandonado, le juraba y perjuraba que había cambiado, que ahora todo sería diferente y ya no era el mismo que antes.

La Academia

A la vuelta del primer viaje a Siracusa y tras la nefasta experiencia con Dionisio el Viejo, Platón volvió a Atenas, donde fundó un centro de enseñanza y formación para sus discípulos, al parecer gracias al dinero que le entregó aquel Anicérides de Cirene que le había liberado de la esclavitud en Egina. La escuela tomó el nombre de «Academia» (con el que desde entonces nos referimos a un centro formativo) del emplazamiento en el que fue construida: unos terrenos situados en las afueras de Atenas, en un bosquecillo en el que se hallaba un santuario dedicado a un héroe menor, Academo.

Disponemos de pocas noticias acerca del programa que se seguía en la Academia, aunque si nos atenemos al ideal formativo expuesto en la *República*, los estudios debían durar 15 años, los diez primeros dedicados a las matemáticas, consideradas por Platón como la disciplina que acercaba y preparaba el alma para la comprensión de las Formas (y por lo tanto de la realidad). Solo entonces estaba el discípulo en condiciones de enfrentarse a los últimos cinco años consagrados a las cuestiones propiamente filosóficas.

En efecto, nos han llegado unas cuantas pruebas de la importancia de las matemáticas en el plan de estudios de la Academia platónica. La primera de ellas la encontramos en la misma entrada de la escuela, en cuyo dintel podía leerse la máxima (¡o advertencia!): «Que no entre nadie que no conozca la geometría». La segunda nos la proporciona Aristóteles, de quien se dice que contaba cómo los recién llegados a la Academia se quedaban estupefactos pues, esperando ser instruidos acerca del Bien y el Ser, no oían hablar de otra cosa que no fuera de matemáticas, astronomía, el Uno y el límite. Por último, no hay mejor prueba de ello que la cantidad y calidad de matemáticos que pasaron o salieron de la Academia, entre los que sobresalen por encima de todos Eudoxo de Cnido (por el que, según algunas fuentes, Platón pareció sentir una cierta envidia) y Teeteto.

En cualquier caso, el objetivo de la Academia no era otro que el de formar auténticos «filósofos» en su sentido original, esto es, amantes del saber, que pudieran convertirse en hombres de estado y dignos rectores de las polis.

A la muerte de Platón la dirección de la institución recayó sobre Espeusipo, un filósofo y matemático menor pero que contaba con el indiscutible «mérito» de ser el sobrino del fundador (era hijo de Potona, hermana de Platón). No deja de ser curioso (e ilustrativo) ver cómo el recto y moralizante Platón, defensor del gobierno de los mejores, acabaría sus días con lo que se nos antoja como un vulgar acto de nepotismo. Y es que no debemos olvidar que entre los discípulos de Platón en la Academia se contaban algunas figuras de valor y prestigio indiscutiblemente superiores a los del bueno de Espeusipo; en particular, un joven estagirita destinado a convertirse en uno de los grandes nombres de la historia del pensamiento y la filosofía: Aristóteles.



La Escuela de Atenas, óleo de Rafael del año 1509. En el centro de la composición, Platón y Aristóteles debaten sobre la naturaleza de la realidad.

De todas formas, y en previsión de que las buenas palabras no fueran suficientes, Dionisio no se olvidó de amenazar a Platón dándole a entender que la suerte de su amigo Dión dependería de su respuesta. Al final, Platón accedió a la petición del tirano, pero el desenlace final no fue sustancialmente distinto al de las ocasiones anteriores, lo cual, dicho sea de paso, demuestra la poca conveniencia de fiarse de las palabras de los amantes abandonados. Una vez arribado Platón a Siracusa, Dionisio se desdijo de todas sus promesas y buenas intenciones, y el filósofo acabó por abandonar la isla y regresar a Atenas, donde continuó ocupándose de las actividades de la Academia hasta su muerte (348-347 a.C.), a la edad de ochenta años.

Sócrates, o el sabio que no sabía nada

Sócrates es sin lugar a dudas uno de los personajes más fascinantes y enigmáticos de la historia de la filosofía y, por qué no decirlo, de toda la historia en general. Fascinante porque las fuentes antiguas lo retratan como un hombre admirable por su profunda humanidad y dignidad moral a la par que divertido y socarrón. Enigmático porque son muchas las incógnitas que planean sobre su figura histórica, debido en buena medida a su negativa a dejar ninguna obra por escrito.⁵ El grueso de lo que de él sabemos proviene de Jenofonte, de algunas menciones realizadas por Aristóteles y, en gran medida, de Platón, que lo convirtió en protagonista de buena parte de sus diálogos. Esta circunstancia ha dado pie a la denominada «cuestión socrática», es decir, la duda de si

⁵ «Sócrates representa un reto para el historiador. Hay algunos hombres de los que tenemos la certeza de saber muy poco, y otros de los que a ciencia cierta sabemos mucho. Pero en el caso de Sócrates no está claro si sabemos muy poco o mucho sobre él». Bertrand Russell, *Historia de la filosofía*, cap. XI.

lo que en ellos relata se corresponde con lo efectivamente dicho y pensado por el propio Sócrates, o Platón lo utiliza como mero recurso para poner en su boca las ideas del propio Platón. Lo que está fuera de toda duda es que su figura tuvo un impacto decisivo en la vida de Platón, quien tras conocerle decidió abandonar sus veleidades artísticas (había soñado con ser poeta trágico) y sus ambiciones políticas en la polis para dedicarse a la filosofía, y que de él heredó cuanto menos las semillas de lo que sería después su pensamiento filosófico.

Por lo que sabemos, Sócrates nació en Atenas en torno al año 469 a.C. (fue condenado a muerte en 399 a.C., cuando, según nos narra Platón, tenía 70 años). Era hijo de un escultor o labrador de piedra, Sofronisco, y de una comadrona, Fenaretas, por lo que podríamos decir que provenía de una modesta familia de clase media. Los episodios de su vida que hasta nosotros han llegado nos transmiten la imagen de un hombre de una profunda integridad moral y de un enorme valor, demostrado tanto como hoplita (soldado) en el campo de batalla, como nos narra el personaje de Alcibíades en el *Banquete*, como en la vida política de la polis, donde se negó a cometer injusticias o plegarse ante ellas aún a riesgo de la propia vida. Buen ejemplo de ello es el episodio de la detención de León de Salamina que nos narra Platón en la *Apología de Sócrates*. Durante el régimen del terror de los Treinta Tiranos, Sócrates fue requerido junto con otros cuatro conciudadanos para que se dirigiera a Salamina para detener a León (probablemente un general filodemocrático) como paso previo a su ejecución. Sócrates se negó a participar en una acción injusta, por lo que al acabar la reunión en la que se les había comunicado la orden, se dirigió tan tranquilamente a su casa aun a sabiendas de que la desobediencia podía costarle la vida: «porque daban estas órdenes a muchas personas para comprometer el mayor número de ciudadanos posible en sus iniquidades; y entonces yo hice ver, no con palabras sino con hechos, que

a mí la muerte no me importaba nada, si se me permite decirlo así, y que mi única preocupación consistía en no cometer impiedades e injusticias. Todo el poder de estos treinta tiranos, por terrible que fuese, no me intimidó, ni fue bastante para que me manchara con tan impía iniquidad. Cuando salimos del Tolo, los otros cuatro fueron a Salamina y condujeron aquí a León, mientras que yo me retiré a mi casa. No cabe duda de que mi desobediencia me habría costado la vida, si ese gobierno no hubiera sido derrocado poco después. Hay un gran número de ciudadanos que pueden dar testimonio de lo que digo».⁶

Pero además de ejemplos de coraje y dignidad, en las informaciones sobre Sócrates también hay lugar para aspectos más divertidos y prosaicos de la vida del gran filósofo. Estaba casado oficialmente con Jantipa, a la que las muchas anécdotas que de ella se cuentan han convertido en paradigma de la mujer gruñona y cascarrabias: «Sócrates decía vivir con una mujer de un carácter terrible, como los jinetes con caballos briosos. 'Pues así como los jinetes, tras haber domado a aquellos, pueden con facilidad lidiar con cualquier caballo, así también yo, acostumbrado a tratar con Jantipa, no he de tener dificultad en habérmelas con las demás personas'». ⁷ Parece ser que con frecuencia lo reprendía en público, llegando incluso a emprenderla a golpes con el filósofo. Nunca he podido dejar de imaginármela como una fornida mujer de tebeo que, ataviada con el delantal y rodillo en mano, saca al marido del bar a empujones al grito de «ya estás perdiendo el tiempo con los amigotes», solo que en lugar de ir al bar Jantipa iba a buscar a Sócrates al ágora. En defensa de la pobre mujer, cabría decir que no debía de ser fácil convivir con un marido sin oficio ni beneficio que se dedicaba a pasearse por el ágora conversando con el primer transeúnte que pasara, mientras ella se ocupaba de la casa y de los cuidados

.....

⁶ Platón, *Apología de Sócrates*, 32c-d

⁷ Diógenes Laercio, *op. cit.*, Libro II 37.



El Ágora de Atenas, centro de la actividad económica, política y social de la antigua polis.

de tres hijos (uno natural y dos sobrevenidos). En efecto, además de Jantipa, madre de Lamprocles, nos cuenta Aristóteles que Sócrates también se casó con Mirto, de la que tuvo otros dos hijos, Sofronisco y Menéxeno.

Parece ser que el aspecto físico de Sócrates no estaba a la altura de su estatura intelectual, pues era más bien poco agraciado, por utilizar un respetuoso eufemismo, o directamente muy feo: bajo, con una nariz chata y abundante vientre, era «más feo que todos los silenos del drama satírico».⁸ Por si fuera poco, acompañaba sus escasos atractivos físicos con un atuendo acorde con su proverbial desprecio por los bienes materiales, pues iba siempre vestido con ropa vieja y raída y con los pies descalzos, sin importarle si hacía frío o calor.

.....
⁸ Jenofonte, *Symposium*.

Los sofistas

Auténticas bestias negras para Platón, los sofistas fueron un grupo de filósofos y educadores que dominaron la escena intelectual de Atenas a finales del siglo IV a.C. De hecho, la palabra «sofista» no tenía entonces la connotación peyorativa con la que hoy la empleamos, y que debemos en buena medida a la mala imagen que de ellos transmitió a la posteridad Platón. Sofista significaba simple y llanamente «profesor», y con el término se designaba a una serie de educadores que se ganaban la vida instruyendo a los jóvenes a cambio de una retribución.

Dos eran los elementos de la sofística que despertaban el recelo, sino directamente el odio, entre una nutrida parte de la población griega. El primero de ellos residía en que, a diferencia de los sabios de antaño, los sofistas no reunían en torno a sí a un grupo de discípulos por el mero placer de difundir sus ideas, sino que cobraban y vivían de ello: eran profesionales de la enseñanza. Esto, que probablemente hoy no nos parezca particularmente grave, era visto con auténtico escándalo por los integrantes (entre ellos Platón) de los sectores más esnobes y aristocráticos de las polis griegas. En definitiva, y sin que hayan cambiado ni un ápice las cosas, los que despreciaban el «vil metal» y el interés crematístico eran precisamente aquellos que lo tenían garantizado y no tenían necesidad de ganárselo.

En segundo lugar, y también como diferencia sustancial con los modelos de sabiduría del pasado, la educación impartida por los sofistas no tenía el objetivo teórico de alcanzar y descubrir la verdad, sino que su finalidad era eminentemente práctica: adquirir las técnicas necesarias para imponer el propio argumento. En efecto, en la democracia ateniense, regida con un sistema de participación directa de los ciudadanos en los asuntos de la polis y con abundantes litigios y juicios, la capacidad para desenvolverse con habilidad en el arte de la palabra era un requisito imprescindible para el éxito en política. Al calor de esta circunstancia nacieron y se multiplicaron los sofistas, como maestros en el arte de la

retórica y la oratoria cuya principal preocupación fue, por consiguiente, desarrollar y transmitir las técnicas necesarias para defender y convencer a la audiencia de un planteamiento, independientemente de que este fuera verdadero o no, moral o inmoral. El énfasis en el aspecto práctico de la discusión los condujo con frecuencia a posiciones relativistas o escépticas: no existía una verdad con mayúsculas, sino que todo dependía de los puntos de vista, de los usos y costumbres, de la fuerza de los argumentos. Para Protágoras «el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son y de las que no son en cuanto que no son», y para Gorgias nada existía, si existiera sería incognoscible, y si existiera y fuera cognoscible sería incomunicable. Es comprensible que semejantes planteamientos, en manos de algunos de sus miembros menos dignos, les hicieran acreedores de la pésima fama que adquirieron entre no pocos griegos.

Un divertido fragmento del *Eutidemo* nos muestra la faceta más cómica y enrevesada de los razonamientos sofísticos. En él, los dos sofistas Dionisodoro y Eutidemo recurren a argucias del lenguaje para concertar al pobre Ctesipo:

«—Dime, ¿tienes un perro?

—Sí, y no muy bueno —respondió Ctesipo.

—¿Tiene cachorros?

—Muchos y tan malos como él.

—¿Entonces, el perro es el padre de los cachorros?

—Sin duda, yo mismo lo vi aparearse con la madre de los cachorros.

—Pero, ¿no es tuyo el perro?

—Sí.

—Por lo tanto, si el perro es padre y es tuyo, entonces es tu padre y los cachorros, tus hermanos.»⁹

⁹ Platón, *Eutidemo*, 298d-e

Todas las veces que, al pasear por la próspera y rica Atenas, observaba la cantidad de bienes y lujos que en ella se vendían, se congratulaba diciéndose a sí mismo: «¡De cuántas cosas no tengo necesidad!».

Sin embargo, la frugalidad de Sócrates no debe llevarnos a engaño. Por lo que de él sabemos, estaba muy lejos de ser uno de tantos santones ascéticos y malhumorados que a lo largo de la historia se han dedicado a fustigar a sus congéneres, condenando los placeres y el disfrute de la vida (a decir verdad, esa descripción encajaría mucho mejor con su discípulo Platón). De entrada porque, como el mismo Platón nos cuenta en el *Banquete*, Sócrates no rechazaba la buena mesa, el buen vino o la mejor cama, sino que simplemente antepone los valores éticos al mero disfrute hedonista y no era esclavo de las necesidades materiales: Sócrates no odia el cuerpo, simplemente antepone los valores del espíritu. Además, estaba también muy lejos de mostrar la arrogancia de no pocos censores o luminarias, pues no tenía mayor reparo en educar y conversar con un esclavo del que tenía en hacerlo con un joven aristócrata.

Durante su juventud, Sócrates se había familiarizado con las teorías filosóficas de la época (Empédocles, Anaxágoras, Diógenes de Apolonia...), con las que pronto quedó decepcionado por la falta de acuerdo y por la atención que deparaban de forma casi exclusiva a la explicación del mundo material, obviando las cuestiones éticas, políticas y espirituales. No iba a merecerle mejor opinión la «moda» filosófica que dominaría el escenario ateniense durante su madurez, la sofística. Decidió entonces emprender su propio camino intelectual y llevar a cabo una auténtica revolución filosófica tanto en el fondo como en las formas. Buena prueba de ello es que, a pesar de la disparidad de enfoques y planteamientos, todas las doctrinas que le precedieron han pasado a la historia bajo el epígrafe común de «filosofía presocrática».

Fue un responso del oráculo de Delfos lo que prendió definitivamente la mecha de la actividad filosófica de Sócrates. Según nos cuenta el propio Sócrates (o Platón por boca de Sócrates en la *Apología*), en cierta ocasión su amigo Querefonte se dirigió al santuario de Apolo en Delfos para saber quién era el hombre más sabio de la tierra, y obtuvo de la Pitia la siguiente respuesta: «De todos los hombres el más sabio es Sócrates». Al llegarle la noticia a Sócrates, éste se quedó enormemente sorprendido, pues a diferencia de los poderosos estadistas, los reputados generales, los artistas aclamados e incluso de los hábiles artesanos, Sócrates no se jactaba ni creía poseer ningún conocimiento particular. Así que, para comprobar qué había querido decir el dios, se dirigió a un político cuya sabiduría todos tenían en alta estima, pero no tanta como la que sentía él por sí mismo. Sócrates lo sometió a una de sus habituales sesiones de preguntas y respuestas para poner a prueba los supuestos conocimientos de su interlocutor, que demostraron fundarse en creencias superficiales o contradictorias. Sócrates quedó decepcionado con la entrevista, que no le había reportado sabiduría alguna, como él hubiera esperado, sino simplemente la enemistad del supuesto sabio cuya ignorancia el filósofo había desvelado. Tras la primera experiencia, Sócrates repitió sus pesquisas con otros ciudadanos considerados sabios; en todas ellas llegó al mismo resultado y se granjeó tras todas ellas la animadversión de sus interlocutores, cuya pretendida sabiduría había quedado en entredicho (animadversión que, como se verá, contribuyó en no poca medida a su condena a muerte).

Fue entonces cuando Sócrates creyó entender el porqué de la respuesta del oráculo: él no era el hombre más sabio por poseer infinidad de conocimientos sino porque, a diferencia de aquellos que se pavoneaban de su saber, Sócrates reconocía no saber nada y se aplicaba de forma humilde y honesta al descubrimiento de la verdad. Este es el origen y el sentido del «solo sé que no sé nada», en el que se sintetiza la actitud

El oráculo de Delfos

Como en la mayoría de las civilizaciones del pasado (*e non solo*), los hombres griegos también recurrían con frecuencia a la consulta oracular antes de tomar decisiones importantes o simplemente para conocer qué les podía deparar el futuro. Aunque no el único, el oráculo situado en el santuario de Apolo en Delfos fue sin lugar a dudas el más importante en el mundo griego, al que se dirigían tanto ciudadanos particulares como delegaciones sagradas de las ciudades. El santuario se hallaba a pies del Monte Parnaso, en la región de Fócida, y su ubicación se correspondía con el ombligo del mundo (el *ónfalos*), pues allí se había cruzado el vuelo de las dos águilas liberadas por Zeus en las antípodas de la Tierra. Había sido fundado por el mismísimo Apolo, quien había matado a la serpiente Pitón que custodiaba el lugar para hacerse con su sabiduría.

Tras realizar una serie de actos rituales, el peregrino realizaba su consulta al oráculo. La sacerdotisa del santuario (la Pitia o pitonisa) se retiraba entonces a la cripta del templo y se sentaba sobre su trípode, donde entraba en contacto con los dioses. Emitía así el responso oracular, por lo general una retahíla de frases inconexas e incomprensibles que debían ser descifradas e interpretadas por los sacerdotes (lo cual demuestra que las técnicas de adivinación no han cambiado mucho desde la antigüedad, pues el secreto sigue consistiendo en dar respuestas lo suficientemente ambiguas e interpretables que sirvan para un roto y para un descosido).

Cuenta la leyenda que en cierta ocasión se reunió a los Siete Sabios de la Antigüedad en Delfos, y se les pidió que cada uno de ellos realizara una inscripción en el templo. Armados de cincel, hay quien esculpió en el frontispicio la máxima «Conócete a ti mismo» (¿Quilón de Esparta?), quien legó a la posteridad el aforismo «Nada en exceso», cada cual dejó constancia de su sabiduría menos Bías de Priene. Tras la tenaz insistencia de sus compañeros, al final aceptó empuñar el cincel con el que esculpió su lúgubre reflexión: «La mayoría de los hombres son malos». Prueba de que el pesimismo antropológico tiene también viejas raíces.



Las ruinas del antiguo santuario de Apolo en Delfos, sede del oráculo más importante del mundo griego.

conocida como «ironía socrática», la profesión sincera de ignorancia como paso previo para la búsqueda del conocimiento.

Sin embargo, ello no significa que Sócrates creyera que el conocimiento era imposible, sino todo lo contrario. Según Aristóteles, «son dos las aportaciones que pueden atribuirse legítimamente a Sócrates: los razonamientos inductivos y las definiciones universales. Y las dos están, sin duda, en el principio de la ciencia».¹⁰ Vayamos por partes.

Aun a riesgo de poner en boca de Sócrates más (o menos) de lo que quizás él dijo, los universales son los conceptos que aglutinan y unifican un conjunto de casos particulares. Un sencillo ejemplo nos servirá

.....
¹⁰ Aristóteles, *Metafísica*, Libro XIII (M), 1078b.

para ilustrar la idea y, a su vez, las dificultades que plantea. A lo largo de nuestra vida nos hemos encontrado (y seguimos encontrándonos diariamente) con una enorme variedad de mesas distintas, de una, tres, cuatro o más patas, más altas o más bajas, rojas, azules o negras, de madera, metal, plástico o cristal... Pero a pesar de su enorme diversidad todas ellas comparten algo que hace que sean una mesa (o que así las llamemos). Si nos lo propusiéramos (y es algo que normalmente ya se proponen los diccionarios), podríamos llegar a definir los elementos y las características que hacen que una mesa sea una mesa y no, por decir algo, un cepillo de dientes. Llegaríamos así a la definición universal del «ser mesa». Como habremos de ver cuando lleguemos a la teoría de las Formas de Platón, la cuestión está lejos de ser baladí y pone de manifiesto toda una serie de cuestiones fundamentales, tales como qué es la realidad, qué es la verdad, qué significa conocer... Pero no adelantemos acontecimientos y esperemos a Platón: ahora lo más importante es subrayar que, sea cual sea el estatus que les asignemos, Sócrates fue el primero en plantear el problema de los universales que subyacen a los casos particulares de nuestra experiencia.

Con el ejemplo que hemos utilizado corremos el riesgo de no hacer justicia al pensamiento de Sócrates. En efecto, por lo que de él sabemos por las distintas fuentes, Sócrates no estuvo tan interesado en saber qué era lo que hacía que una mesa fuera una mesa (eso es más platónico), como en llegar a conocer los universales morales. Y el descubrimiento de ese universal debe ser el objetivo fundamental de la filosofía y el contenido de la auténtica sabiduría.¹¹ Esta es precisamente la segunda gran aportación de Sócrates, que hace que toda la filosofía anterior a él haya pasado a la historia bajo el calificativo de «presocrática». En efecto, hasta

¹¹ Aristóteles vuelve a salir en nuestra ayuda: «se ocupó de cuestiones éticas» y más adelante «Sócrates se ocupó de las virtudes del carácter, y reflexionando sobre ellas, fue el primero que planteó el problema de las definiciones universales».

entonces los filósofos habían dirigido su atención de forma prioritaria al estudio de la realidad exterior: ¿por qué cambian los objetos de nuestra experiencia, y el agua se convierte en hielo o en vapor? ¿Qué es entonces lo real? ¿El agua, el hielo, el vapor o un algo diferente? ¿Qué es el cosmos y el universo? Nos resulta casi espontáneo el buscar regularidades en el mundo exterior y llegar a la idea de que la diversidad de los objetos de nuestra experiencia puede agruparse en conceptos que la definen, pensar que detrás de las mesas particulares debe de haber una definición de lo que es una mesa, y que solo si la conocemos podemos emplear el término con propiedad en nuestra vida cotidiana. Como desde niños adquirimos conceptos casi sin darnos cuenta, nos resulta difícil entender la problemática que se plantea, por lo que una situación teórica puede ayudarnos a reflejarla con mayor claridad. Imaginemos que queremos aprender un idioma del que no sabemos nada, el inglés por ejemplo. Si desconozco el significado exacto de la palabra *table* (y lo que la diferencia de una *chair* o de un *toothbrush*) es más que probable que acabe por utilizarla de forma arbitraria aplicándola en circunstancias en las que no toca, con el riesgo que puede entrañar el tener que cepillarse los dientes con una mesa de comedor. Pues bien, cuando hablamos de la definición de *table*, *chair*, o *toothbrush* sin darnos cuenta estamos tratando con universales, y resulta evidente que solo cuando los conozco puedo conocer la realidad y relacionarme con ella con propiedad.

Pero si esto nos resulta obvio y natural para los objetos del mundo exterior, ¿por qué no aplicamos la misma lógica a los conceptos morales? En nuestra vida no solo nos relacionamos con mesas, sillas y cepillos de dientes, sino también y con mucha mayor importancia con las acciones de los hombres, a las que de la misma manera que lo hacemos con los objetos materiales, les aplicamos conceptos como «bueno», «malo», «justo» o «vergonzoso». Nos pasamos la vida criticando a aquel político que cobró de la empresa a la que otorgó contratos, justificando que nos

saltamos la cola pero es que teníamos prisa, admirando al periodista que desveló el escándalo aun a riesgo de perder su trabajo, pero así como nos parece imprescindible saber qué es una mesa (o una *table*) para aplicar el término con propiedad, raramente nos preocupamos por saber cuál es la definición universal del «bien» o la «justicia». Nos limitamos a emplearlos sin más, sin plantearnos si lo hacemos de forma adecuada o si, por el contrario, los aplicamos de forma contradictoria o equivocada. ¿Cuántas veces hemos oído a alguien defender comportamientos que en cualquier otra circunstancia habría condenado? ¿O aplicar distintos criterios o principios morales en función de la situación? Pues bien, sería lo mismo que si un día, al ir a comer, dijéramos que la superficie sobre la que lo hacemos es una mesa y al día siguiente pretendiéramos convencernos a nosotros mismos y al mundo entero de que ese objeto con cuatro patas que hay en el comedor es una batidora, y que «mesa» es el objeto alargado y con puntas con el que estoy pinchando la carne. Si alguien creyera que una mesa es una batidora y un tenedor una mesa, ¿no diríamos con motivo que no conoce la realidad y se equivoca? ¿Qué deberíamos decir entonces cuando para alguien una infidelidad es en ocasiones un pecado merecedor del fuego eterno y en otras una comprensible canita al aire que en el fondo a quien más quien menos se le pasa por la cabeza, y un día es un día? Para Sócrates la realidad y los principios universales que la rigen están ahí, como con las mesas, independientemente de nosotros, y el conocer (la auténtica sabiduría) consiste precisamente en liberarse de ideas preconcebidas e intentar descubrirlos. Eso no solo se aplica a la realidad material exterior, sino también y sobre todo a la realidad humana: los universales éticos. Es como si Sócrates le hubiera dado la vuelta a los ojos de la filosofía para dirigir la mirada hacia el interior del hombre, a las cuestiones humanas.

Hasta aquí hemos visto cómo Sócrates subraya dos ideas fundamentales: las definiciones universales (o simplemente los universales)

y la centralidad de las cuestiones morales como objeto prioritario de la auténtica sabiduría. Hemos visto, pues, cuál debe ser para Sócrates el contenido de la filosofía, ahora solo nos queda por ver cuál es su método. Tres son los conceptos que tendremos que retener: ironía, dialéctica y mayéutica. De la ironía socrática ya hemos hablado antes, cuando recordábamos la anécdota del oráculo de Delfos y el «solo sé que no sé nada». Sin pretender convertir a Sócrates en un racionalista francés del siglo XVII (llamado René Descartes, para más señas), la actitud irónica consiste en despojarse de todas las ideas preconcebidas y adquiridas acríticamente, para emprender la búsqueda de la verdad desde la ignorancia. Así, una vez liberados de todo aquello que creíamos saber pero que en realidad creíamos y no sabíamos, ya estaremos listos para ponernos manos a la obra y pasar al siguiente nivel, el de la dialéctica.

Volvamos a hacer un alto en el camino para recapitular y no perder el hilo del razonamiento. En opinión de Sócrates, conocer la realidad significa conocer los universales que de alguna manera están detrás (encima, debajo, más allá...) de los casos particulares. Para conocer los universales, hemos visto que el primer paso consiste en desprenderse del supuesto conocimiento adquirido de forma acrítica, eso que unos siglos más tarde se llamará «hacer *tabula rasa*» (ironía socrática). A continuación, planteamos el concepto que queremos definir y a partir del análisis de casos particulares y a través de la discusión vamos puliendo de contradicciones y prejuicios esa primera aproximación hasta llegar a la definición universal. Sin darnos cuenta, nos hemos metido de lleno en la «dialéctica» o, como lo definía Aristóteles de forma algo generosa, los «razonamientos inductivos». Recurramos de nuevo a un ejemplo para ilustrar con mayor claridad en qué consiste, aunque los diálogos de Platón (en particular los primeros, aquellos más estrictamente socráticos) abundan en ellos. Ante la inminencia de las elecciones, hemos decidido descubrir qué es lo que hace

de un político un buen político. Avanzamos una primera definición, apuntando que el buen político es alguien con carisma. Alguien (un moderno Sócrates) nos responde «Hitler también tenía carisma», obligándonos con ello a replantearnos nuestra primera definición (no perderemos el tiempo en desgranar las razones por las cuales el caso de Hitler nos obligaría a modificar nuestra definición de buen político, pues son evidentes para todo el mundo salvo para unos cuantos descerebrados que no nos estarán leyendo, pues raramente o nunca leen libros de filosofía). Así que corregimos el tiro y precisamos: «alguien con carisma que respete y se preocupe por sus conciudadanos». El Sócrates moderno vuelve a la carga: «pero *Fulanito* (que cada cual ponga aquí el nombre que mejor le parezca) seguramente se preocupó por el interés de sus conciudadanos, pero su gestión fue un desastre» o, recurriendo al refranero, de buenas intenciones está empedrado el infierno y del dicho al hecho hay un buen trecho. En resumidas cuentas, otro contraejemplo basado en un caso particular que nos empuja a refinar nuestro planteamiento y aventurar una nueva definición, algo así como «alguien que respete y se preocupe por el interés de sus conciudadanos y que con su labor logre resultados positivos». De nuevo nuestro Sócrates del siglo XXI: «Sin embargo, el FMI y la *troika* (que a pesar de no ser políticos son los que en realidad ejercen como tales de un tiempo a esta parte) dicen preocuparse por el interés de los ciudadanos, en ocasiones su labor ha logrado resultados positivos (aquí es donde queda claro que estamos formulando un ejemplo de ficción) pero la mayoría de la población está igual o peor que antes». Tercera iteración: «alguien que respete el interés de sus conciudadanos y se preocupe por él, y que con su labor logre resultados positivos de los que se beneficien todos los ciudadanos o una amplia mayoría». A través de la discusión y del debate procederíamos así hasta llegar a la definición universal del ser «buen político», que después podríamos aplicar con propiedad en nuestra vida cotidiana.

El ejemplo de diálogo dialéctico que nos acabamos de inventar nos permite también ilustrar el tercer concepto que destacábamos al hablar de los elementos característicos del método socrático: la mayéutica, del griego *mayeutike* o el arte de ayudar a parir. En el *Teeteto* Sócrates (o Platón por boca de Sócrates) le explica al personaje que da nombre al diálogo el origen y las características de esta técnica: el filósofo dice haber heredado de su madre, comadrona de profesión, la habilidad de hacer parir, con la peculiaridad de que en su caso la técnica se aplica sobre el espíritu, y no sobre los cuerpos. Pero dejemos que sea el mismo Sócrates el que nos lo describa: «El oficio de partear, tal como yo lo desempeño, se parece en todo lo demás al de las matronas, pero difiere en que lo ejerzo sobre los hombres y no sobre las mujeres, y en que con él asisto al alumbramiento de las almas, y no de los cuerpos. La gran ventaja de mi arte es que permite discernir con seguridad si lo que el alma de un joven engendra es un fantasma, una quimera o algo fecundo y cierto. Y es que yo comparto con las parteras el ser estéril, en mi caso en cuestiones de sabiduría. Son muchos, en efecto, los que me echan en cara que siempre interrogo a los demás pero no respondo a ninguna de las cuestiones que se me proponen, reproche que no carece de fundamento, pues yo nada sé. Pero he aquí por qué obro de esta manera. El Dios me impone el deber de ayudar a los demás a parir, y al mismo tiempo no permite que yo mismo engendre nada. Esta es la causa de que no esté versado en la sabiduría, y de que no pueda alabarme de ningún descubrimiento que sea imputable a mi alma. En compensación, los que conversan conmigo, si bien algunos de ellos se muestran muy ignorantes al principio, hacen maravillosos progresos a medida que me tratan, y todos se sorprenden de este resultado, y es porque el Dios quiere fecundarlos. Y se ve claramente que ellos nada han aprendido de mí, sino que han encontrado en sí mismos los numerosos y bellos conocimientos que han adquirido, no habiendo hecho yo otra cosa que contribuir con el Dios a hacerles

concebir».¹² El que desde hace más de dos mil años se considera como el ejemplo paradigmático del método mayéutico es el diálogo entre Sócrates y un esclavo que se encuentra en el *Menón*, donde Sócrates consigue, a través de preguntas, que el esclavo, sin ningún conocimiento matemático, descubra una proposición geométrica fundamental.

No podemos acabar (metafóricamente) con Sócrates sin dedicar unas líneas a explicar cómo los atenienses acabaron (materialmente) con él. Sócrates murió en el año 399 a.C. tras ser condenado a muerte en un proceso en el que se le acusaba de «no honrar a los dioses que honra la ciudad, introducir nuevas y extrañas prácticas religiosas y, además, corromper a los más jóvenes. El acusador pide la pena de muerte».¹³ La acusación corrió a cargo de Meleto, un poeta trágico, Anito, un político de la recientemente restaurada democracia, y de Licón, un oscuro orador. Hay pocas dudas de que los cargos de la acusación eran un simple pretexto que escondía otras motivaciones, siendo la principal de ellas la de liberarse de un personaje cuya sabiduría, espíritu crítico y sobre todo dignidad moral convertían en testigo incómodo para los poderosos. Toda una vida dedicada a dialogar y aplicar la mayéutica con vistas a desenmascarar el error y poner en evidencia la vacuidad de la sabiduría, así como la arrogancia de los poderosos, había acabado por granjearle no pocos y peligrosos enemigos. Como él mismo se definió en su discurso de defensa durante el proceso, había actuado como un tábano que aguijoneaba con sus preguntas incómodas y su afán de verdad a la ciudad adormecida o, como diríamos nosotros de forma más informal, como una mosca cojonera de la que era mejor librarse.

Tras formularse los cargos, el acusado tenía derecho a su defensa antes de que el jurado integrado por 500 ciudadanos elegidos al azar

.....

¹² Platón, *Teeteto*.

¹³ Diógenes Laercio, *op. cit.*



La muerte de Sócrates, óleo de Jacques-Louis David (1748-1825), en el que se ve al filósofo momentos antes de ingerir la cicuta.

emitiera un primer veredicto. En caso de condena, el acusado podía reconocer su culpabilidad y proponer una pena distinta a la solicitada por la acusación, en cuyo caso se llevaba a cabo una segunda votación, esta vez para decidir entre la pena propuesta por el acusado y la propuesta por los acusadores. En la primera votación, Sócrates fue condenado por un estrecho margen de votos, por lo que sus discípulos intentaron convencerle de que reconociera la culpabilidad y propusiera como pena el destierro, que el jurado seguramente aceptaría. Sin embargo, y haciendo gala del desprecio a la muerte y a la injusticia que había manifestado en otras ocasiones a lo largo de su vida, Sócrates no solo se negó a recurrir a una salida deshonrosa, sino que en un acto de provocación llegó a proponer como pena que la ciudad le mantuviera a pan y cuchillo en el Pritaneo (edificio público, sede del poder ejecutivo). Huelga decir que el resultado de la segunda votación

volvió a ser negativo, pero esta vez por una diferencia sensiblemente mayor. La ejecución se pospuso un mes, pues no podía ejecutarse hasta que volviera a Atenas el «navío sagrado» de Delos, una procesión marítima con la que se conmemoraba la mítica liberación de la ciudad por Teseo y el fin del tributo de siete muchachos y siete doncellas impuesto por Minos. Durante ese tiempo, los discípulos (una buena parte de ellos jóvenes de familias con medios y posibles) le propusieron organizar una huida, posibilidad que el filósofo volvió a rechazar. Así, entre la desesperación y los llantos de sus seguidores, ingirió la cicuta en ejecución de la sentencia y esperó conversando la llegada de la muerte. Sócrates sale de escena no sin dejarnos durante su proceso una maravillosa reflexión: «Estad persuadidos de que si me condenáis a muerte en el supuesto de lo que os acabo de declarar, el mal no será solo para mí. En efecto, ni Anito, ni Melito pueden causarme mal alguno, porque el malo no puede causar ningún daño al hombre de bien. Podrán sin duda conseguir que se me condene a muerte, al destierro, o a la pérdida de mis bienes y de mis derechos de ciudadano; males espantosos todos ellos a los ojos de Melito y de sus amigos. Pero yo no soy de su opinión. A mi juicio, el más grande de todos los males es hacer lo que Anito hace en este momento, que es trabajar para hacer morir a un inocente».¹⁴

Los ¿diálogos?

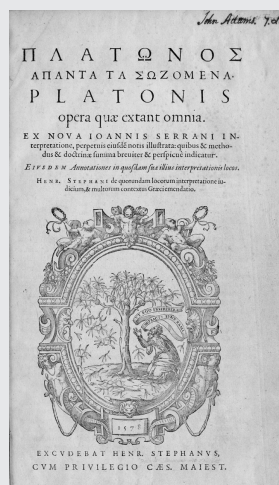
A diferencia de Sócrates, Platón transmitió por escrito sus ideas filosóficas en una serie de obras. Sobre eso no hay dudas. Lo que resulta algo más peliagudo es saber cuántas y cuáles, pues sabemos

¹⁴ Platón, *Apología de Sócrates*, 30c-d

Los números de Stephanus

En la mayoría de las ediciones de la obra de Platón (o al menos aquellas mínimamente cuidadas) el texto está dividido en bloques numerados, y estos a su vez en secciones identificadas con una letra minúscula desde la *a* hasta la *e*. Es decir, las primeras líneas de todo diálogo están identificadas como *1a*, y la numeración continúa hasta el final de la obra siguiendo la secuencia *1b 1c...*, *1e*, *2a*, *2b...* Esta notación tiene la ventaja fundamental de permitir proporcionar y compartir referencias a las obras independientemente de la edición que tenga cada uno. Así, si acompañamos la cita de un fragmento con la referencia *República*, *378c*, cualquier lector podrá localizar ese mismo fragmento en cualquier edición de la *República* a su alcance, sin importar si es de bolsillo, de formato 14 x 21 o 16 x 23, o del tamaño del tipo de letra.

Esta notación tiene un origen curioso. Se remonta a la primera edición realizada con la imprenta de caracteres móviles, publicada en 1578 por obra de un impresor y humanista llamado Henri Estienne (Henricus Stephanus, en la versión latinizada del nombre). En esa primera edición, las páginas estaban numeradas secuencialmente (como suele suceder) y el texto de cada página dividido en cinco secciones (identificadas con las letras de la *a* a la *e*). Seguramente el bueno de Stephanus no llegó ni siquiera a imaginar el tremendo éxito que cosecharía su ocurrencia, utilizada en miles de ediciones a lo largo de 500 años.



Cubierta de la primera edición impresa de las obras completas de Platón, publicada por Henri Estienne en 1578.

que están todas las que son, pero no si son todas las que están. La recopilación más antigua de los escritos platónicos se la debemos a un tal Trasilo, al parecer un astrólogo del emperador Tiberio, quien en el siglo I d.C. agrupó las diversas obras del filósofo en nueve tetralogías, lo que con una sencilla multiplicación nos da un total de 36 textos en los que no falta ninguna obra de Platón a la que hagan referencia autores antiguos posteriores. *Ergo*, probablemente están todas las que son. Sin embargo, existen dudas sobre la autenticidad de algunas de ellas: para ser más exactos, de las 36 obras incluidas en la recopilación de Trasilo solo cinco de ellas no han sido nunca objeto de controversia. Si afinamos un poco más, existe un amplio consenso en considerar como indiscutiblemente auténticas 24 de las obras transmitidas, existen dudas sobre 6 de ellas (*Alcibíades I*, *Tón*, *Menéxeno*, *Hipias Mayor*, *Epínomis*, y las *Cartas*) si bien normalmente son aceptadas como auténticas, y otras 6 suelen ser rechazadas como apócrifas (*Alcibíades II*, *Hiparco*, *Amantes* o *Rivales*, *Teages*, *Clitofón* y *Minos*).

En cualquier caso, lo que sí que sabemos es que las obras que hasta nosotros han llegado son las que Platón escribió pensando en el «gran público», es decir, aquellas que tenían una finalidad divulgativa y expositiva de su pensamiento. Es precisamente el caso contrario de lo que sucede con Aristóteles, de quien no nos ha llegado ninguna de las obras que escribió para divulgar su pensamiento (conocidas como *obras exotéricas*), y por contra disponemos de los «apuntes» o «manuales» en los que se recogía el contenido de las lecciones impartidas por el estagirita en el Liceo. Probablemente ese carácter de obras para el público general es lo que explica otras de las características peculiares de la producción filosófica de Platón. En efecto, y a diferencia de lo que ha sido habitual entre la mayoría de los pensadores a lo largo de la historia,

Platón no se sirve del tratado o del ensayo para la exposición de su pensamiento, sino que recurre para ello a una forma dramatizada: el diálogo. Con excepción de las *Leyes* y las *Cartas*, todas las demás obras del filósofo consisten en una suerte de piezas teatrales, en las que a través del diálogo entre los personajes se van desgarrando las doctrinas filosóficas, con Sócrates como protagonista habitual e indiscutible. Sin embargo, la verdad es que el calificativo de «diálogo» resulta algo generoso, sobre todo a medida que avanzamos hacia las obras de madurez del filósofo: se conserva la forma (personajes que interactúan a través de una serie de preguntas y respuestas), pero se pierde el espíritu del auténtico diálogo, pues en no pocas ocasiones los interlocutores no son sino meras comparsas que asienten a la exposición doctrinal de Sócrates. El siguiente fragmento nos ayudará a ilustrar el carácter poco dialógico de algunos diálogos de Platón:¹⁵

«[Sócrates] —Muy bien. ¿Hemos reconocido que la ciencia y la opinión son dos facultades distintas?

—Sí, distintas.

—Por lo que cada una de ellas tiene una virtud y un objeto diferentes.

—Precisamente.

—La ciencia, ¿no tiene por objeto conocer lo que existe tal como existe?

—Sí.

—Pero la opinión no es otra cosa, según hemos dicho, que la facultad de juzgar por las apariencias.

—Sin contradicción.

.....
¹⁵ Platón, *República*, 478a-d

[...]

—Luego si el ser es el objeto de la ciencia, el de la opinión será otra cosa distinta del ser.

—Sí.

—¿Será el no-ser? ¿O es imposible que el no-ser sea el objeto de la opinión? Atiende a lo que voy a decir: el que tiene una opinión, ¿no la tiene sobre algo? ¿O se puede opinar sin opinar sobre nada?

—Eso no puede ser.

—Luego el que tiene una opinión, la tiene sobre algo.

—Sí.

—Pero el no-ser, ¿es alguna cosa? ¿No es más bien una negación de cosa?

—Es cierto.

—Por esta razón hemos designado el ser como objeto de la ciencia, y el no-ser como objeto de la ignorancia.

—Hemos hecho bien.

—Luego el objeto de la opinión, ni es el ser, ni el no-ser.

—No.

—Por consiguiente, la opinión difiere igualmente de la ciencia que de la ignorancia.

—Sí.

—Pero la opinión, ¿va más allá que la una o que la otra, de manera que sea más luminosa que la ciencia o más oscura que la ignorancia?

—No.

—Sucedee, pues, todo lo contrario; es decir, que tiene menos claridad que la ciencia y menos oscuridad que la ignorancia. ¿No se encuentra entre la una y la otra?

—Sí.

—¿Luego la opinión es una cosa intermedia entre la ciencia y la ignorancia?

—Sí.

—¿No dijimos antes, que si encontráramos una cosa que fuese y no fuese al mismo tiempo, esta cosa estaría a medio camino entre el puro ser y la pura nada, y que no sería el objeto ni de la ciencia ni de la ignorancia, y sí de alguna facultad que juzgábamos intermedia entre la una y la otra?

—Es cierto.

—¿No acabamos de demostrar que esta facultad intermedia es lo que se llama opinión?»

No podemos acabar sin mencionar otra de las dificultades que plantean las obras de Platón, la de su cronología, ya que no disponemos de la fecha de «publicación» de ninguna de ellas. La cuestión no es menor, ya que solo si conocemos el orden en el que fueron escritas dispondremos de un cuadro fiable de la evolución del pensamiento de Platón. Para la determinación del orden relativo se ha aplicado una serie de métodos complementarios (el lingüístico, las referencias externas, las referencias internas...), que han dado lugar a diversas cronologías en función de la opinión y del gusto de cada especialista. Sin que haya pues un consenso unánime, sí que se pueden definir al menos algunas agrupaciones fundamentales, para las que destacamos las obras más relevantes:

- ***Período socrático.*** Es patente el influjo del pensamiento del maestro, y la mayoría de los diálogos no llegan a ninguna conclusión afirmativa sino que constituyen un ejemplo de la mayéutica y la ironía socrática. Las obras más destacables son la *Apología de Sócrates*, el *Protágoras* y el Libro I de la *República*.

- ***Período de transición.*** Como su propio nombre indica, empiezan a definirse las grandes líneas del pensamiento filosófico presente en las obras de madurez. Se destacan el *Gorgias* y el *Menón*.
- ***Obras de madurez.*** Cuatro diálogos que recogen el grueso de las teorías por las que es recordado Platón, y donde hallamos los mitos y alegorías que le hicieron célebre: *Banquete* (o *Simposio*), *Fedón*, *República* y *Fedro*.
- ***Obras de vejez.*** Deriva mística y matematizante de algunas doctrinas, y aparecen algunas dudas y fisuras en las teorías del período de madurez. *Teeteto*, *Parménides* y el *Timeo*.